



Acerca de la amistad, la lectura y la escritura

ANDREA
KOTTOW¹

Escena I: ensueños

Tenía un amigo que solía, regularmente, soñar con escritores. Recuerdo un sueño con Piglia y luego uno con Knausgaard. Y otro con Thomas Bernhard. En los sueños no era nada extraño que mi amigo se encontrara con los autores que él admiraba.

¹ Doctora en Historia de la Medicina (Freie Universität Berlin). Es investigadora en el campo de los estudios culturales y literarios, y se ha especializado en las relaciones entre literatura y medicina desde un enfoque biopolítico, con un interés en las significaciones y representaciones de

Es más, en sus sueños conversaban como si fueran viejos amigos. Acaso Freud tenía razón con su primera tesis de *La interpretación de los sueños*: en ellos cumplimos deseos que nos acechan en la vigilia. El espacio onírico es el lugar donde una ilusión que parece imposible en vida se hace posible: el sueño se cumple.

También recuerdo una sensación de envidia. ¡Qué alegría poder encontrarme en sueños con algunos de los escritores que han marcado mi vida de lectora! Y tener con ellos una charla amistosa sobre cualquier cosa, que podría empezar con algún comentario, casi al pasar, sobre una de sus obras. Muchas veces imaginamos a un autor que nos conmueve como un amigo. Uno con el cual hemos quedado unidos por el mundo de la escritura y la lectura. Y no solo ocupamos el lugar del lector, sino también nos sentimos leídos por quien logra, con sus

enfermedad y salud en la literatura. Es autora de *Der kranke Mann. Medizin und Geschlecht in der Literatur um 1900* (*El hombre enfermo. Medicina y Género en la Literatura del 1900*) (Frankfurt/New York: Campus, 2006). Sus artículos han sido publicados en libros y revistas especializados.

palabras, interpretarnos. Como bien pensaba Roland Barthes en *El placer del texto*: los polos de escritura y lectura se difuminan a partir de la potencia del texto. Escribir y leer están indisolublemente entretejidos.

Y, hay que decirlo, ¡cuán decepcionante es cuando conocemos, por una entrevista, por una lectura pública, por alguna revelación hecha en algún texto, a un autor en una faceta que nos disgusta! Puede llevarnos a no seguir leyéndolo. La amistad se ha roto, hemos sido desilusionados o, incluso peor, traicionados.

Escena 2: (des)conocidos

Espío, en el metro, en la micro, en salas de espera, lo que desconocidos leen. Trato de ver el lomo del libro que tienen entre manos. Intento adivinar, antes de efectivamente tenerlo en la mira, qué podría estar leyendo esa persona anónima. Hay un placer en esa adivinanza, casi imposible de lograr, del perfil lector que imaginamos que otro pueda tener. Y nos parecen unir subterráneos hilos con aquellos que leen algo que conocemos, que nos gusta y apreciamos. Una especie de amistad potencial y silenciosa que se gesta a través de los libros y las lecturas.

Se me viene a la memoria una noticia acerca de un café, en algún país que no recuerdo, que se pensó como un lugar de reunión de lectores. Un espacio al cual la gente no acude para conversar, sino para leer. No deja de ser linda la imagen de gente que se junta no para estar realmente juntos, o no en el sentido que normalmente solemos adjudicarle a la palabra. Es un juntos, pero separados; un acompañarse en la soledad de la lectura. La lectura requiere cierto aislamiento y silencio. Entonces, leer juntos es compartir el aislamiento y el silencio. Una pequeña paradoja de la lectura que quizás, en algún punto, recrea la lectura en voz alta, la comunidad en torno a la lectura, aquella en la que se trataba de historias compartidas y

que Benjamin recrea en *El narrador* como una especie de origen del acto de narrar.

Escena 3: la literatura como don

En la biografía de Benoît Peeters sobre la vida de Derrida se dibuja no solo el perfil de una trayectoria vital y escritural, sino también se cristaliza un momento muy particular de la intelectualidad francesa. Coinciden en una época autores como Louis Althusser, Michel Foucault, Maurice Blanchot, Roland Barthes, Gilles Deleuze, Félix Guattari, Jacques Lacan, Pierre Bourdieu, Paul Ricoeur, Julia Kristeva, Philippe Sollers, Elisabeth Roudinesco, Sara Kofman, Edmond Jabés, Emmanuel Lévinas, Jean Genet, Jean-Luc Nancy, y la lista podría alargarse. No todos jugaban en la misma liga, no todos practicaban las mismas disciplinas y tampoco todos eran amigos. Es más, hubo ilustres animadversiones entre algunos de estos autores, como la que reinó entre Derrida y Lacan, o el desencuentro que se produjo a raíz de las opiniones que Derrida expresara acerca de la *Historia de locura* de Foucault con este último. No obstante, así lo muestra la escena dibujada por Peeters, se trataba de una comunidad de autores, que se conocía y se leía. Una de las cosas más notables de la biografía es que muestra la cantidad de cartas que se escribía Derrida, no solo con sus amigos, sino también con los que, en algún punto, eran reconocidos como compañeros de ruta o, para este caso, compañeros de pluma. No necesariamente había acuerdo, ni teórico ni político, ni menos estético o estilístico. Pero había interés, había un mirarse mutuamente: uno que nacía de compartir lecturas y escrituras, uno que ponía esa comunidad por encima de los disensos, uno que no descalificaba de entrada, ni descartaba *a priori*.

Uno de los temas que atraviesa la obra de Derrida es el del don. Consiste en dar algo,

sin esperar nada de vuelta. Una entrega sin remuneración. Un gesto que se hace sin negociar su retribución. En tiempos donde impera el continuo cálculo, el baraje de costos y beneficios, parece difícil reivindicar el don. No obstante, la amistad debería ser pensada desde el don, pues si no, se trataría, en realidad, de otra cosa. Y si bien, por supuesto, que leer y escribir se han convertido en gran medida en actividades atravesadas por las lógicas mercantiles, habría que recuperarlas como una forma de vida más vinculada al don. La amistad, la lectura y la escritura como un pequeño homenaje al don.

Escena 4: beber, comer, pensar, desear

Platón dedica su diálogo de *El banquete* al amor. Al comienzo del texto, el grupo de hombres que se encuentra reunido se pone de acuerdo con relación a las reglas que deben imperar, para asegurarle la palabra a todos los comensales. También concilian que en este banquete no tomarán tanto como el día anterior: están dañados de la fiesta celebrada y quieren velar por la calidad de sus intervenciones. Se hablará de un tema que a todos les parece de una importancia magna: las diversas formas, condiciones, maneras de manifestarse, efectos, tipos diferentes del amor. Los hombres están reunidos para comer, para beber y para hablar. Y sobre nada más ni nada menos que el amor. Una escena magnífica de *El banquete* es cuando irrumpe Alcibiades y le hace una especie de escena de celos a Sócrates, relatando cómo, siendo él joven y hermoso, fue seducido por la inteligencia y la labia del filósofo, solo para luego ser desechado. Ahora sufre viendo que Sócrates ya lo ha reemplazado por Agatón. Alcibiades irrumpe e interrumpe, pues, hasta ese momento, todos habían respetado sus turnos para tomar la palabra. Lo que se manifiesta con la entrada de Alcibiades es el amor encarnado. Si las intervenciones de los

ilustres hombres que hablaron antes de él se movían en el plano de la teoría, Alcibiades habla desde el despecho, desde la herida que el amor ha dejado en él, desde el amor como praxis. El amor se hace presente en y través del cuerpo de Alcibiades. Es su discurso, inesperado y lleno de afecto, el que cierra *El banquete*. Comer, beber, intercambiar pareceres, desear... todas formas de homenajear a la amistad. En y desde la literatura, narrando y prestando escucha.